

MARTIN ALMAGRO-GORBEA

Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibérica

Al Dr. Carlos Daudén,
descubridor del yacimiento.

El yacimiento de Pozo Moro (Almagro-Gorbea, 1973, 1975, 1976, 1977) ha aportado una importante luz al conocimiento sobre el mundo ibérico y en muchos aspectos obliga a cambiar la visión tradicional que hasta ahora existía sobre el origen y las características propias no sólo del Arte Ibérico (Tarradell, 1967; García Bellido, 1971), sino de toda la Cultura Ibérica en general (Arribas, 1965; Nicolini, 1973).

El descubrimiento se realizó en 1971, pero sólo en el verano de 1973 se finalizaron las excavaciones realizadas en este yacimiento. La restauración y el estudio de los resultados aún no está finalizado, si bien ya se han dado algunos informes preliminares sobre la importancia de los hallazgos realizados (Almagro-Gorbea, 1973, 1976).

Pozo Moro se halla situado en el término de Chinchilla, provincia de Albacete, a unos 125 kilómetros en línea recta de la costa mediterránea y a unos 200 kilómetros por el camino natural de penetración desde las costas del Sureste Peninsular a la Meseta, en el cruce de esta vía natural con la que une el Valle del Guadalquivir con el Levante y Sureste por los valles del Guadalmena y del Jardín.

El lugar debió de ser un antiguo pozo situado junto a dicho cruce de

caminos naturales, en una suave ladera de una hondonada endorreica situada en los montes de Chinchilla, elevaciones de unos 900 metros de altura que constituyen el reborde entre la Meseta, de la que forman parte, y las tierras mediterráneas del Sureste Peninsular. La región, actualmente de clima extremado y seco, en aquel tiempo debió de ofrecer abundante bosque de *Quercus ilex*.

El yacimiento se halla junto al paso de ganados trashumantes de Cartagena a Cuenca, todavía en uso, que corresponde a la antigua vía prerromana de penetración desde el Sureste Peninsular a la Meseta (Almagro, 1974, f. 1) en lo que debió de ser un cruce con la Vía Heraclia o Vía Augusta (Roldán Hervás, 1973, p. 150, l. 13), en el tramo comprendido entre Saitabi (Játiva) y Cástulo (Linares) que aprovechaba el Corredor de Montesa y los ríos Jardín y Guadalmena para unir las tierras del Levante Peninsular con el Valle del Guadalquivir, por lo que debió de ser un eje cultural de máxima importancia en este período. En esta zona endorreica, un pozo situado junto al cruce citado, como se deduce de su toponimia, explica la elección de este lugar estratégicamente destacado para construir el monumento.

También hay que tener en cuenta para la mejor valoración de este yacimiento que Pozo Moro es otro de los ricos hallazgos ibéricos de aquella comarca, pues a poca distancia del mismo se hallan algunos de los más famosos yacimientos de toda la Cultura Ibérica, como el Santuario del Cerro de los Santos (Fernández Avilés, 1943, 1966); las necrópolis del Llano de la Consolación (Sánchez Jiménez, 1943, p. 9 ss.) o de la Hoya de Santa Ana (Sánchez Jiménez, 1947, p. 31 y ss.); la escultura monumental de la Bicha de Balazote (García Bellido, 1931); la importante inscripción de El Salobral (Gómez Moreno, 1961) o el Tesoro de Abengibre (Beltrán Villagrasa, 1962), etc.

La excavación del yacimiento ha permitido diferenciar de arriba abajo cinco niveles situados bajo un amontonamiento de piedras moderno depositado sobre una ligera elevación del terreno formado por la acumulación de estratos (Almagro-Gorbea, 1976):

Nivel I.—Nivel de humus o tierra vegetal.

Nivel II.—Necrópolis de inhumación de época tardorromana fechable entre el siglo V y VI d. de J. C. Los enterramientos aparecen a diversa profundidad pero rompiendo los estratos inferiores.

Nivel III.—Nivel correspondiente a una rica necrópolis tumular ibérica de incineración cuyas características son típicas del Sureste Peninsular. La tierra es rojiza, formada por acumulación de los restos de adobes que formaban las sepulturas. En ella se puede distinguir dos fases:

a) De mediados del siglo V hasta inicios del IV a. de J. C. Existen grandes sepulturas de forma tumular cuadrada de más de 5 metros de lado, y junto a ellas otras menores, de adobes generalmente, o de piedra recubierta de adobes, que cubren el hoyo en el que se depositó la urna cineraria con el ajuar y las cenizas, realizado sobre el lugar donde se realizó la cremación del cadáver.

b) La segunda fase de la necrópolis ibérica se extiende desde mediados del siglo IV a. de J. C. hasta el I d. de J. C. Las sepulturas de esta fase ofrecen forma tumular cuadrada constituida generalmente con piedras y rara vez con adobes, y la urna, el ajuar y las cenizas se depositan en una cista rectangular hecha de adobes situada en el interior del túmulo. La parte superior de este estrato ha sufrido los efectos de la erosión y las labores agrícolas, por lo que raramente se conservan las sepulturas posteriores al siglo III a. de J. C. que ocupaban la parte alta de dicho estrato. En dicha parte alta del estrato aparecen urnas con restos de animales que se deben considerar como ofrendas rituales (A. Morales, en prensa).

Nivel IV.—Nivel correspondiente a la construcción de un monumento de grandes sillares y destino seguramente sepulcral. Se puede señalar dos fases:

a) La primera corresponde a la construcción y utilización del monumento fechable con precisión en torno al 500-490 a. de C. por el ajuar que ofreció la sepultura de incineración situada en su interior.

b) Una fase posterior está representada por los elementos procedentes de la destrucción del monumento, principalmente los sillares caídos. Esta fase se fecha antes de mediados del siglo V a. de C., en que ya se inició la necrópolis del Nivel III.

Nivel V.—Nivel formado por el suelo natural constituido por margas calcáreas de color blanquecino. Su parte superior, más grisáceas, corresponde probablemente a los restos del suelo vegetal existente en el momento de construirse el monumento.

El mayor interés de Pozo Moro estriba en el monumento aparecido debajo de la necrópolis ibérica y que debió de dar origen a la misma, explicándonos su emplazamiento.

Por debajo de la necrópolis y cubierto por las sepulturas y las tierras que las rodeaban apareció el monumento destruido, pero con algunos sillares *in situ* y otros elementos caídos a su alrededor y que ya no fueron removidos posteriormente (lám., I, 1).

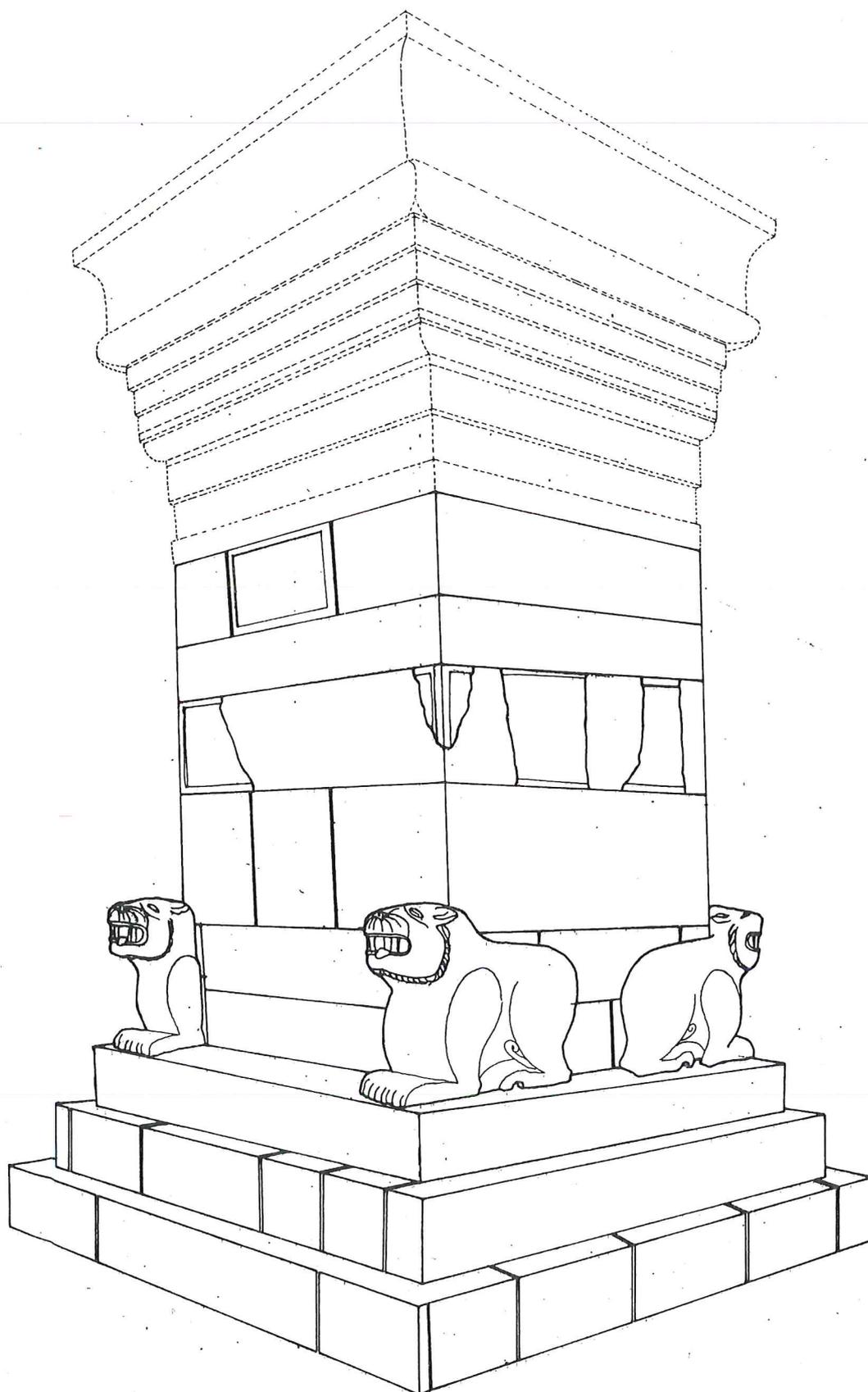
Los restos conservados *in situ* corresponden a la hilada inferior y cinco sillares de la segunda hilada de un edificio de planta cuadrada de 3'65 m. de lado, todo él labrado en una fina arenisca calcárea local. La segunda

hilada quedaba 20 cm. retranqueada, y encima de ella la tercera hilada ofrecía otro retranqueo, por lo que el basamento del edificio ofreció un aspecto escalonado. La base de este edificio apareció claramente basculada unos 10 cm. del Suroeste hacia el Noreste, pues carecía de cimentación y el terreno de margas sobre el que se asentaba no tuvo la suficiente consistencia para soportar su peso. Por ello el edificio se abrió en su lado Norte y se desplomó hacia los lados Norte y Este, donde aparecieron en el exterior del edificio abundantes sillares del mismo caídos, entre los que destacan algunos bloques esculpidos con relieves, restos de molduras arquitectónicas y de una gola. Las diferentes dimensiones de los sillares aparecidos permiten calcular que el edificio debió de tener en total unas 10 ó 12 hileras regulares con una altura de unos 5 m. La disposición en que se hallaron los sillares caídos hacen viable proceder a un intento serio de reconstrucción, actualmente aún no finalizada, si bien algunos detalles generales ya pueden considerarse como válidos (fig. 1).

En el interior del basamento de sillares conservados *in situ* y por debajo de las sepulturas ibéricas que los cubrían, la excavación ofreció una capa de fragmentos muy rotos de sillares del monumento y debajo un suelo de arcilla roja quemada cuya altura aproximada correspondía a la base del monumento, asentada sobre ella, y que parecía corresponder al piso preparado para el *bustum* o *lucus* donde se realizó la cremación ritual del cadáver. En el centro de esta capa de arcilla roja apareció un círculo de tierra negra formada por cenizas y huesecillos procedentes indudablemente de la cremación, y entre los que se recogieron restos de piezas de ajuar igualmente quemado.

Junto a restos de objetos de oro, plata, bronce, hierro y hueso, casi totalmente destruidos, apareció también, muy fragmentado e incompleto, un kylix ático de forma C (H. Bloesch, 1940, p. III, s. l. 33, 4 y 7), del círculo del pintor de Pithos (Beazley, 1971, p. 334), con una representación de un joven desnudo danzante en el medallón interior; un lekythos de la clase Atenas 581 (Haspels, 1936, pp. 93-4 y 724-5), de buen tamaño, decorado con una escena de sátiros y ménades y, por último, la parte superior de una figura de bronce representando un joven desnudo que debió de corresponder al asa de un oinochoe griego (Hill, 1958), cuyo taller no es fácil determinar en su actual estado de conservación, fragmentado y con la superficie muy alterada por la cremación (lám. I, 2).

Este ajuar se fecha aproximadamente en torno al 500 a. de J. C., y es de interés señalar la coetaneidad de las tres piezas principales, cuya cronología semejante permite pensar que no debió de ser muy largo el lapso de tiempo transcurrido entre la fabricación de los objetos y su deposición en la sepultura, para la cual probablemente fueron directamente destinados.



Reconstrucción hipotética del monumento funerario ibérico de Pozo Moro.

Este rico ajuar, aparte de ser el más importante conjunto de objetos griegos aparecidos en esta zona del interior de la Península, ofrece una importancia especial, pues ha permitido precisar la fecha del monumento con toda seguridad hacia poco después del 500 a. C., tal vez hacia el 490 ± 10 años a. C.

Al exterior del monumento el suelo quedaba cubierto por un mosaico, más bien un fino empedrado, hecho con pequeños guijarros de cuarcita de hasta 5 cm. de largo. Su forma es aproximadamente cuadrada con bordes paralelos a los muros, si bien los ángulos se incurvan y estiran tomando la forma de una piel de animal, por lo que recuerda la de algunas joyas orientalistas de la Península Ibérica (Kukahn y Blanco, 1959) relacionada con lingotes de cobre orientales (Karageorgis, 1968, l. 60) de evidente significado simbólico de riqueza y poder (Karageorgis, 1968, l. 68).

Este mosaico, de unos 2 m. de ancho, quedaba rodeado por una zona de adobe de unos 40 cm. de ancho, probablemente restos de un muro de altura desconocida que seguiría la forma del borde del mosaico constituyendo un espacio cerrado en torno al monumento a modo de *peribolos*. Al otro lado de esta franja de adobe aún aparecían otras franjas de empedrado, a veces de guijarros algo menores, de forma recta y paralela a los lados del monumento. Sólo la franja del lado Oeste, mejor conservada, permite apreciar como en su centro quedaba unida al mosaico que rodeaba al monumento por un pequeño pasillo de 50 cm. de ancho, tal vez una abertura o puerta al recinto, si la franja de adobe correspondía, como parece, a un muro.

Los relieves y restos arquitectónicos de este singular monumento ayudan a comprender su calidad e importancia y a esbozar su posible reconstrucción y su interpretación histórica y artística.

Junto a las cuatro esquinas del monumento se hallaron otras tantas figuras de leones más o menos fragmentados de función arquitectónica. Fragmentos de otros dos menores se hallaron más apartados, hacia los lados Norte y Este.

Estos leones se caracterizan por su forma prismática y por ofrecer medio cuerpo esculpido y medio sin tallar por quedar oculto y como empujado por formar parte del monumento como un sillar de esquina. Sólo la cabeza, muy cuadrada, y la parte delantera del animal son de bulto redondo. La parte superior ofrece una plataforma que en parte sobresale del lomo y que en parte corta el cuello para sobre ella asentar las hileras superiores del edificio (lám. II, 1 y 2).

Entre los leones debieron situarse dos hileras de piedras, según se deduce de la forma dada a los mismos en su parte posterior para facilitar su

ajuste al monumento. Encima de ellos y aprovechando la labra del lomo debió de correr una hilera de piedras de caras lisas, pues de otra forma no sería posible su encaje en la parte recortada en el cuello de los leones.

Sobre esta hilera del monumento que ofrece marcas de cantero que indican su lugar de emplazamiento, se puede conjeturar que debió de estar colocado el friso en bajorrelieve corrido que debía ocupar los cuatro lados del monumento y del cual se han conservado varios fragmentos aislados y, entre los bloques caídos hallados *in situ*, al Norte, escenas más completas que permiten apreciar el enorme interés de este elemento de Pozo Moro (Almagro-Gorbea, 1977). Este friso correspondería al parecer a la hilada séptima del monumento (lám. III y IV, 1).

Por encima de este friso de bajorrelieves el monumento ofrecía otras hileras de sillares lisos a alguna de las cuales corresponden un relieve con un jabalí bifronte y dos tifones o monstruos semihumanos, que coincide en altura con la que ofrecen los sillares de una de estas hileras, probablemente la novena (lám. IV, 2).

El edificio aún debió de ofrecer una serie de molduras de emplazamiento dudoso. Una moldura escalonada pudo corresponder a una puerta, lo que confirmaría la lógica existencia de una cámara. Otra ofrece una especie de sogueado que aumentaba en inclinación desde el centro hacia los extremos. Una tercera ofrece una forma de baquetón sobre el que aparecen varias manos abiertas, a veces la derecha, otras la izquierda.

Por último la parte superior del edificio debió rematar en una gola muy poco cóncava de la que se han conservado diversas piezas. No sabemos, ni ahora nos atrevemos aún a conjeturar, qué hubo por encima de la gola, aunque parece lógico y posible que ésta corresponda a un techo plano.

Más difícil es localizar el asentamiento de otros dos leones de menor tamaño aparecidos; tal vez estuvieran situados franqueando una puerta o en las esquinas de la parte superior. Igual dificultad ofrece una pequeña figura de bicha tumbada así como un cabeza exenta de caballo. También resulta problemática la posible existencia de una cámara en este monumento. En apoyo de esta hipótesis, aparte de la discutible moldura de puerta citada, sólo existe un sillar liso de igual altura que la hilada de leones, de lo que se podría deducir que tal vez pudo servir para cubrir en la cámara la tosca cara interior de los ortostatos. También es de señalar la existencia de placas de arenisca de 5 cm. de espesor, pero de dimensiones no conocidas dado el fragmentado estado en que aparecieron, que pudieran haber sido empleadas como revestimiento de la cámara, si bien no se pueden excluir otras hipótesis, como que fueran parte de la cobertura del techo. Por tanto, no es posible asegurar la posibilidad de la existencia de una cámara.

En caso contrario hay que pensar en un macizado completo del interior del monumento con piedras y tierra como se apreció en la base del mismo, dentro de la primera hilada conservada *in situ*.

Como primera aportación de Pozo Moro en el campo de los conocimientos de la Cultura Ibérica resulta evidente que ésta, hacia el siglo VI a. de C., era capaz de realizar tal monumento, por lo que estaba ya formada. Pero no es menor la importancia que ofrece el indudable origen oriental, con elementos originarios, al menos en parte, del Norte de Siria con gran probabilidad.

Por otra parte, las características del monumento de Pozo Moro permiten deducir el marco explicativo sociocultural del mismo, indispensable para su correcta valoración y para conocer los orígenes y el proceso de formación de la sociedad ibérica.

Por último, el significado de Pozo Moro es manifiesto en otros campos diversos de la Cultura Ibérica, a los que aporta importantes novedades.

El monumento de Pozo Moro era torriforme y de claro uso funerario. Su reconstrucción aproximada permite comprobar cómo responde a claros influjos orientales en todos sus aspectos, constructivos y formales.

La forma de la torre funeraria aparece por todo el Asia Occidental en torno a la época aqueménida desde Anatolia (Akurgal, 1961, p. 122, l. 77; ídem, 1973) a Persia (Perrot y Chipiez, 1890, p. 525 y ss.), incluyendo Fenicia (Perrot y Chipiez, 1885, p. 1445). La base escalonada aparece desde Licia hasta la misma Pasagarda. La gola resulta, por su forma, característica de la época aqueménida y su origen egipizante en torno al mundo fenicio parece evidente (Perrot y Chipiez, 1885, l. 43 y 60; Lezine, 1959, p. 97 y ss.). Los leones de la base tienen un paralelo notable en el monumento torriforme de Amrit (Perrot y Chipiez, 1885, p. 151, f. 94-99). Un precedente de este monumento tal vez se podría encontrar en la misma sepultura de Ahirom de Biblos (Chehab, 1971), sarcófago monumental con leones en la base y friso corrido entre molduras, elementos que resultan particularmente afines a los que ofrece el monumento de Pozo Moro. En el aspecto técnico, el uso de ortostatos, decorados o no con relieves, es sumamente característico de la arquitectura neohitita y fenicio-siria (H. Frankfort, 1954, p. 175 y ss.; E. Akurgal, 1969, p. 76). En esta zona se conocen también suelos de guijarros (Thureau-Danguin, 1936, p. 43 y ss., l. 42, 1), como el que aparece en torno al monumento, e incluso el uso de grapas en forma de cola de golondrina para afianzar la unión de los ortostatos (Martín, 1965, p. 238, núm. 3).

De todo ello se deduce la existencia de una arquitectura ibérica derivada de la oriental que confirma las relaciones posibles de las tumbas de cámara

fenicias (Niemeyer y Schubart, 1975) con las ibéricas de Galera (Cabré y Motes, 1928) o Peal de Becerro (Cabré, 1925) y que sobre todo nos explica la serie de elementos arquitectónicos ibéricos hasta ahora conocidos pero mal interpretados (García Bellido, 1945, l. 16), como los animales de esquina del tipo Bicha de Balazote (García Bellido, 1931) o los de Osuna (García Bellido, 1943, p. 113 y s., l. 265). Lo mismo se debe decir de otros elementos escultóricos arquitecturales como los relieves de Osuna y otros semejantes (García Bellido, 1943, p. 73 y s., l. 11 s.) que deben ser interpretados como un friso organizado como el de Pozo Moro. El empleo de grapas de plomo (García Bellido, 1943, f. 109), de ortostatos (Sánchez Jiménez, 1943, l. 2) y los diversos elementos arquitectónicos aparecidos en necrópolis (Blanco Freijeiro, 1960, p. 34, f. 40-2) resultan tras la excavación de Pozo Moro mejor explicables en su uso y origen.

Los cuatro leones de las esquinas, por su claro valor funerario y sentido apotropaico de protección de la sepultura (Frankfort, 1954, p. 181), obligan a pensar en los leones de la citada tumba de Ahiram y en otros paralelos, ya más próximos al mundo clásico, como el sarcófago chipriota de Golgoi (Bossert, 1951, p. 53), que puede responder a la misma idea. Pero la forma de los leones totalmente cúbica, estilizada, sin concesión realista alguna, obliga a considerarlos estilísticamente dentro del más puro concepto de la estatuaria neohitita sin ni siquiera influjos asirios o arameos (Akurgal, 1969, p. 94 y ss. y 103 y ss.). Incluso ofrecen dos detalles poco frecuentes: uno es estar tumbados y otro el tener el rabo enroscado junto al costado por debajo de la pata trasera, lo que hace pensar particularmente en paralelos de la zona del Norte de Siria (Akurgal, 1969, p. 86, n. 111).

En la escultura resulta así igualmente notable el significado de Pozo Moro al comprobar el origen neohitita de la primera animalística ibérica (Blázquez, 1974), particularmente en lo que se refiere a los leones ibéricos, pero igual se puede considerar para otros animales como los toros (Blanco, 1962) o incluso los grifos (Blanco, 1960, p. 36 y ss.). También en la técnica de los relieves corridos ibéricos como los de Osuna (García Bellido, 1943, p. 43 y ss.) parece lógico relacionarlos con Pozo Moro y suponerles por tanto un origen oriental.

Pozo Moro es, por lo dicho, un monumento funerario que parece obedecer a un prototipo oriental, tal vez incluso de un área concreta en la zona fenicio-siria con raíces en el mundo neohitita, pero su significado aún permite algunas precisiones.

Es evidente la elección de un lugar importante y visitado, pues aparece

en un cruce de caminos de máxima importancia, la unión de la vía Norte-Sur, de Cartago-Nova a las regiones ganaderas de las Sierras de la Meseta Central, con la Este-Oeste, que unía el Guadalquivir, área de la Cultura Tartésica, con el Sureste y Levante, área de la Cultura Ibérica. La importancia de este cruce de caminos aumenta por existir en él un pozo, como indica la toponimia del lugar, elemento de singular importancia en aquella zona endorreica y sin cursos de agua. De todo ello parece lógico deducir que en esta época ya existía una cierta organización en los caminos.

Y es interesante observar como la vía que unía el Levante con Tartessos se denominó Heracleia por estar en relación con el mito de Heracles como abridor de caminos en su viaje hacia las tierras de las Hespérides. La clara raíz orientalizante de este mito se confirma al aparecer en él Hércules vinculado a los más característicos mitos de la cultura tartésica.

La aparición de una necrópolis ibérica en torno al monumento a pesar de haber estado éste pronto destruido, evidencia la perduración de la memoria del personaje enterrado, lo que confirma su importancia por el recuerdo dejado entre las gentes y por una muy posible relación de parentesco como antepasado de los allí enterrados, guerreros y gente bastante notable a juzgar por sus ajuares. Este hecho aún resultará más esclarecedor si se considera la posible mitificación o heroización de este antepasado, institución conocida en el mundo ibérico (Blázquez, 1975, p. 103), lo que permitiría establecer alguna relación con el origen de la *fides* ibérica, conocida vinculación de carácter casi sagrado de un guerrero con su jefe (Rodríguez Adrados, 1946).

Por último, la capacidad de levantar un monumento de tales características en un área tan alejada del Mediterráneo obliga a suponer que se elaboró con constructores venidos de fuera, seguramente de algún otro ámbito peninsular. La labra se efectuó *in situ*, pues se utilizó la piedra local. Otra posibilidad, más interesante incluso, sería la de suponer que el personaje enterrado hubiera tenido un equipo de constructores-escultores a su servicio, hipótesis que tampoco se puede rechazar *a priori* y que tiene en su apoyo la inexperiencia que se evidencia por no haber sabido hacer la necesaria cimentación del edificio, lo que causó su pronto derrumbamiento.

Los elementos que ofrece este edificio funerario, por sus características, exigen interpretarlo como un *heroon* dedicado a un personaje heroizado o, en todo caso, considerado de rango muy superior.

La elección del lugar, la tradición funeraria de él originada, la calidad del monumento y sus características, obligan a considerarlo como una sepultura de carácter monárquico y sacro, probablemente de un rey o régulo que indudablemente debía de tener un claro carácter hierático,

institución cultural típica del mundo orientalizante en el Mediterráneo Oriental. Así el monumento de Pozo Moro se debe interpretar como la manifestación, en el campo de la cultura material, de la llegada paralela en ámbito de las ideas y de la organización social y religiosa de influjos del Oriente del Mediterráneo que constituyen el llamado Período Orientalizante, raíz e inicio de la Cultura Ibérica (Almagro-Gorbea, 1977a, p. 496 y ss.). En este cuadro resulta explicada totalmente la aparición del monumento dentro de una sociedad cuya estructura social y religiosa ofrece una monarquía más o menos sagrada de cuya evidencia han llegado referencias a través de las primeras fuentes escritas sobre la Península Ibérica al hablar del reino de Tartessos (Maluquer, 1970) y de sus más o menos míticos y legendarios reyes, cuya sorprendente confirmación arqueológica se ofrece por primera vez en el monumento de Pozo Moro.

Pero el monumento de Pozo Moro, como se ha indicado, aporta también importantes novedades en otros sectores de la Cultura Ibérica. El vestido masculino de un calzón corto y estrecha y marcada cintura lo encontramos de nuevo en el mundo ibérico, por ejemplo los exvotos del Bronce (Nicolini, 1969, p. 149 y ss.). Lo mismo cabe decir de ciertos útiles como el escudo redondo de pequeño diámetro (Nicolini, 1969, p. 177 y ss.; J. y M. E. Cabré, 1940) o el cuchillo afalcatado (Schüle, 1969, p. 160) que vemos representados en los relieves y que pasaron a ser elementos frecuentes, como suponemos debió de ocurrir con otros objetos ibéricos que no se han conservado normalmente, como, por ejemplo, las mesas, tronos o sillas. El mismo uso de cinturones, tan acusadamente señalados, puede estar en relación con la frecuente aparición de broches de cinturón en las sepulturas orientalizantes o ibéricas, seguramente por ser este elemento un símbolo de *status* social (Almagro-Gorbea, 1977a, p. 385).

Mayor interés ofrece la aportación de Pozo Moro para el conocimiento de la religión ibérica. Las escenas representadas en el friso parece que deben ser interpretadas como mitológicas (Almagro-Gorbea, 1977). No conocemos, por desgracia, ningún texto de mitología ibérica y es posible que nunca se llegue a conocer, pues ni siquiera sabemos si existieron. Las escenas del friso del Pozo Moro nos ilustran sobre la mitología ibérica, que ahora queda comprobada en su origen oriental, como ya se había supuesto, a base de otros elementos mucho menos expresivos (Blázquez, 1956, 1958). Ahora podemos reconocer la existencia de una mitología ibérica de tipo gráfico cuyo interés para la cultura ibérica es notable, pues es bien sabido cómo entre las poblaciones primitivas la mitología se desa-

rrolla por la imagen tanto o más que por la escritura (Clemont-Ganneau, 1880, p. 5 y s.).

Los fragmentos del relieve de Pozo Moro dejan entrever escenas cuyo estudio detenido en el futuro es seguro que supondrá un grave avance para los conocimientos de este campo de la Cultura Ibérica y de las religiones preclásicas del Mediterráneo, especialmente las relacionadas con influjos orientalizantes (Almagro-Gorbea, 1977). La posibilidad de una teogonía de tipo Kumarbi-Cronos (Kirk, 1970, p. 213 y ss.) ofrece ciertas posibilidades de sustentación con el gran interés que ello supondría por su lógico origen oriental, que sería el mismo que el de los elementos plásticos que la representan. Otras escenas hacen pensar en epopeyas comparables a la de Guilgamesh (Pritchard, 1976; Labat, 1970) y en general en ideas de fecundidad en concreto en el *ἕρος γαμός* (Akurgal, 1969, p. 214, f. 156). En ciertos casos parece posible identificar alguna divinidad definida como el dios El o tal vez el mismo Reshef (Almagro-Gorbea, 1977) a pesar de la dificultad general de relacionar representaciones gráficas con textos mitológicos (Orthmann, 1971, p. 225). El carácter oriental de estas escenas y de su significado, así como el de los leones guardianes y demás monstruos representados, es evidente (Frankfort, 1954). Por ahora aún se nos escapa el contenido exacto de las escenas, pues sólo podemos interpretarlas aproximadamente y hacer referencias a mitos orientales que debemos suponer serían de carácter semejante y, a lo sumo, paralelos, pero lógicamente no idénticos.

La perduración de esta mitología en épocas posteriores es natural y explica representaciones de carácter claramente no griego que vemos en el mundo ibérico, como la famosa Patèra de Tivisa (Blázquez, 1956). Lo mismo cabe decir de los tritones de los bronce de Mengíbar (Museo Arqueológico Nacional, 1972). Esta influencia debe ser paralela a lo que tuvieron las figuras del Smithig-God en algunos bronce ibéricos (Almagro, 1976) o las Astart-Hator de bronce (Blanco, 1965, p. 41 y ss.) y otras figuras femeninas aladas (Blázquez, 1975a) identificables con la diosa Shepesh (Mallowan, 1966, p. 496), cuyo último eco tal vez sean las figuras femeninas aladas de las cerámicas ibéricas (Nordström, 1968, 1973, p. 210) y lo mismo se puede aplicar a las decoraciones de aves (Nordström, 1968) y vegetales (Nordström, 1973, p. 208; Cabré, 1954) que vemos en una escena de Pozo Moro con claro carácter de fecundidad y que se harán características en ciertas cerámicas ibéricas cuya decoración queda así mejor explicada. Y semejante es también la influencia en el ritual ibérico con algunos ritos orientalizantes, como se deduce de las bandejas de ofrendas (Cuadrado, 1966) o los thymiateria (Almagro-Gorbea, 1977a) y probablemente de los santuarios rupestres tan característicos (Calvo y Cabré, 1917; Lantier y Cabré, 1917).

Otro aspecto interesante es la organización social que evidencia el monumento de Pozo Moro. Por sus características y por la riqueza del ajuar es lógico pensar que debió de corresponder a un rey o régulo local, y por ello el pueblo al que perteneció debía de ofrecer una organización de carácter monárquico que confirman más tardíamente algunas fuentes históricas (Arribas, 1965, p. 135 y ss.; Tovar-Caro Baroja, 1971, p. 127 y ss.). El carácter de la construcción no meramente monumental, sino marcadamente religioso, obliga a mirar de nuevo a oriente para buscar el origen de esta idea que vemos desarrollada en las sepulturas torriiformes que originaron los famosos *heroa* orientales (Almagro-Gorbea, 1973a), que además, arquitectónicamente, también están relacionados con el monumento de Pozo Moro, al igual que otros monumentos funerarios, como el sarcófago de Ahiram de Biblos (Chehab, 1971), cuya estructura se debe considerar como un paralelo precedente de Pozo Moro. De estos hechos parece lógico suponer que el personaje o régulo enterrado debía de haber sido heroizado o divinizado, pues en todo caso ofrecía un carácter sacro muy probablemente identificado de algún modo con la divinidad. Este hecho, que parece muy posible, tuvo paralelos orientales (Haran, 1958, p. 37), y quedaría en Pozo Moro comprobado indirectamente por el carácter sagrado que conservó el lugar del emplazamiento del monumento aun después de destruido éste. La excavación ha demostrado que pocos años después de la construcción del monumento, éste se derrumbó y a su alrededor surgió una necrópolis ibérica que perduró hasta la romanización. El origen de esta necrópolis y el de otras ibéricas semejantes, es lógico ponerlo en relación con el carácter mítico que debió de tener el personaje allí enterrado y que debió de perdurar por tradición. Así se explica no sólo la formación de la necrópolis, sino incluso la aparición entre las tumbas de urnas conteniendo únicamente restos de pequeños corderos y cerdos, que debemos interpretar como sacrificios u ofrendas (Morales, en prensa). Estos detalles son de gran interés, también, para el conocimiento de la religión ibérica, en la que monumentos como el de Pozo Moro debieran de representar un papel muy significativo.

Otro aspecto social de importancia, además del carácter hierático de régulo enterrado y del origen de la necrópolis, es la posibilidad de suponer una relación entre el régulo mítico allí enterrado y las personas enterradas posteriormente. Si ésta relación era de parentesco por ser su antepasado, real o mítico, no lo podemos saber, pero parece lógico suponerlo así. Pero también cabe que ésta relación entre los personajes y el régulo allí enterrados fuera de carácter sagrado, semejante a la que representa la *fides* ibérica de carácter personal, cuya explicación y origen quedaría de este modo algo mejor aclarado (Rodríguez Adrados, 1946).

Aunque estos detalles son de interpretación difícil y controvertida, no cabe duda de que su estudio dará mucha luz sobre la estructura social y religiosa del pueblo ibérico y la mutua y fuerte interrelación de ambas esferas, para las que el yacimiento de Pozo Moro ha venido a ofrecernos datos nuevos de enorme importancia.

El significado de Pozo Moro cobra relieve con todos los aspectos citados, pero éstos son sólo algunos de ellos. Resulta interesante comprobar como todos ellos indican, por una parte, la relación de Pozo Moro con áreas culturales del Mediterráneo Oriental y al margen del mundo griego, y, por otra, la relación de este monumento con elementos conocidos de la Cultura Ibérica de fecha posterior pero que debemos considerar ya vigentes, o en todo caso derivados de precedentes existentes en este período.

Todos estos aspectos que nos ofrece Pozo Moro, como la Arquitectura y la Escultura en el campo del Arte, los vestidos y objetos utilitarios, la religión o estructura social, cobran pleno sentido y se llega a su total comprensión si los examinamos dentro de otros fenómenos paralelos que nos ofrece la Cultura Ibérica.

La orfebrería de los tesoros de Aliseda (Almagro-Gorbea, 1977a), Evora (Blanco de Torrecillas, 1959) o el de Carambolo (Kukahm y Blanco, 1959), de claro carácter orientalizante, la vemos ya indigenizada en el Tesoro de Serradilla (Almagro-Gorbea, 1977a), que puede así considerarse como un puente hacia las joyas plenamente ibéricas e incluso para la orfebrería del Noroeste (Almagro-Gorbea, 1977a).

Un fenómeno semejante ocurre en la toréutica. Piezas como el sacerdote de Cádiz (Blázquez, 1975a, l. 26) o el guerrero de Medina de las Torres (Almagro-Gorbea, 1977a) ayuda a comprender el origen de los exvotos ibéricos (Almagro, 1976). Otras veces son objetos como los famosos "braserillos" o bandejas rituales (Cuadrado, 1966), cuyos precedentes orientalizantes y perduraciones ibéricas son ya bien conocidos, y lo mismo ocurre con los thymiateria, cuyos prototipos orientales, copias coloniales peninsulares y perduraciones indígenas van siendo igualmente identificadas (Almagro-Gorbea, e. p.). Estos objetos son de gran interés, pues indican no sólo un enlace del mundo orientalizante con la Cultura Ibérica en su aspecto externo, constructivo o técnico, sino sobre todo en su mismo carácter intrínseco por la perduración de un mismo significado y uso ritual. Otros objetos de bronce, como los exvotos de animales (Alvarez Osorio, 1941), ofrecen iguales precedentes, como vemos por la plástica de las figuras de las tapaderas de algunos de estos thymateria (Almagro-Gorbea, e. p.). Un fenómeno semejante se puede demostrar para algunos

tipos de fíbulas (Almagro, 1966) y suponer para otros muchos y variados objetos e incluso lo mismo cabe decir para piezas de mayor envergadura, como vemos en la relación artística de los cubos de Carro de Huelva (Garrido, 1973, l. 2) con los bronce de Mengíbar (M. A. N., 1972) y las patenas argénteas ibéricas (Blázquez, 1956).

En la cerámica sabemos que en el período orientalizante aparecen las técnicas y motivos decorativos que serán característicos del área cultural ibérica tras una evolución que recientemente queda cada vez mejor precisada.

La aparición del torno y la técnica de pastas claras oxidantes (Pellicer, 1977), las cerámicas de pastas grises homogéneas de fuego reductor (Almagro-Gorbea, 1969, p. 127 s.), las cerámicas de "barniz rojo" (Cuadrado, 1968), las formas de urnas, ánforas y platos, la decoración de bandas y motivos diversos, reflejan este proceso del paso paulatino de las importaciones orientales a los productos coloniales y, por último, a sus imitaciones indígenas que darán origen a los productos plenamente ibéricos.

Este mismo fenómeno se comprueba igualmente en el campo de la escritura. De un hipotético semisilabario oriental aún no conocido pero que suponemos originario de un área del Mediterráneo Oriental que no empleó la escritura alfabética, parece lógico que se formó el semisilabario meridional (Gómez Moreno, 1961), que con sus diversas grafías (Maluquer, 1968, p. 69 y s.) se extiende desde el Suroeste hasta el Sureste y que con ciertas variantes perdura hasta la época romana y dio origen al alfabeto ibérico propiamente dicho (Maluquer, 1968, p. 49 y s.), más tarde, y que se extendió por la zona levantina hasta el sur de Francia. Su fuerte arraigo se evidencia en el carácter fallido que tuvo el intento de adoptar otro tipo de escritura como la griega (Maluquer, 1968, p. 89 y s.), que se debió de intentar introducir hacia los siglos VI al IV a. de C. en el área del Sureste, pero sin éxito, como se deduce de su menor duración.

De forma paralela nos debemos explicar el fenómeno de urbanismo, pues ciertamente los centros coloniales que como Cádiz se inician ya en fechas muy antiguas (*Vell. Hist. Rom.*, 1, 2, 3) debieron de dar la pauta de un fenómeno urbanístico que parece se extendió primero por el Bajo Guadalquivir (Fernández Chicarro, 1968) y la cuenca de este río, donde siempre alcanzó el mayor desarrollo y desde donde creemos se difundió hacia el Sureste, alcanzando, sólo posteriormente y con mucho menos vigor, la zona levantina y el interior peninsular (Balil, 1970; Nicolini, 1973, p. 53 y s.).

Como brevemente se ha intentado esbozar, Pozo Moro explica una serie de fenómenos importantes en la Arquitectura y Escultura ibérica, dentro

del campo del Arte, y otros fenómenos ya sin relación con el mundo artístico, relacionados directamente con el campo cultural, como el vestido, objetos utilitarios, organización social y religiosa, etc. Todos, en un contexto más amplio, se reflejan en un fenómeno paralelo ocurrido en otros campos diversos, como es la difusión de la vida urbana, la escritura y la aparición de técnicas especializadas tan variadas como la orfebrería, la toréutica o la cerámica.

Este complejo fenómeno cultural, que el hallazgo de Pozo Moro ayuda a comprender y valorar, permite aportar una serie de conclusiones que se enumeran a continuación de modo provisional. Un estudio más definitivo hará que algunas de ellas, todavía meras hipótesis de trabajo, en el futuro pasen a ser aceptadas o rechazadas y permitan emprender una nueva etapa para el conocimiento del mundo ibérico.

Es evidente que la Península Ibérica recibió desde fechas muy tempranas, al menos desde inicios del siglo VIII a. C., un influjo orientalizante que cristalizó en la aparición de un período orientalizante en el Sur de la Península Ibérica (Moscati, 1974, p. 105 y s.; Blázquez, 1975a; Almagro-Gorbea, 1977a).

Este influjo orientalizante procede del oriente del Mediterráneo y en concreto de una koiné semita que podemos suponer procedente de Fenicia, Chipre y del Norte de Siria, cuyo papel debió de ser importante a juzgar por su influjo en el Arte, como vemos en Pozo Moro, ciertas importaciones, como el vaso de Aliseda, fíbulas de doble resorte, o cerámicas grises, tan frecuentes en Anatolia. Incluso el semisilabario no alfabético parece excluir a Fenicia propiamente dicha. Esta koiné se podría comparar, salvando las distancias, con la koiné griega que posteriormente coloniza la Magna Grecia o el Mar Negro y que igualmente refleja, más allá de una unidad general, las diferencias de las respectivas metrópolis coloniales (Dunbabin, 1948).

Los influjos culturales de esta koiné orientalizante modifican profundamente las poblaciones indígenas precedentes y forman un substrato cultural orientalizante que debemos considerar como la primera alta cultura aparecida en la Península Ibérica. Su fecha a partir del siglo VIII a. C. inclina a relacionarse primero en el legendario reino de Tartessos (Maluquer, 1970) y después evolucionó dando lugar a la Cultura Ibérica a partir del siglo VI a. C.

Este fenómeno cultural es paralelo al que se ofrece en otras áreas del Mediterráneo como la misma Grecia (Akurgal, 1969), Etruria (Pallotino, 1963, p. 81 y ss.; Hencken, 1968) o Cartago (Cintas, 1970). Si bien ciertamente en la Península Ibérica parece más pobre y no alcanzó tanto desarrollo, hay que tener en cuenta también que es aún muy poco conocido.

Es evidente que la aparición de este fenómeno ofrece una diferencia de intensidad y un desfase cronológico según las distintas regiones peninsulares desde el Bajo Guadalquivir hasta el Sureste, el Levante y por último el interior.

Este substrato orientalizante hizo de puente entre el substrato cultural indígena precedente y el influjo griego que a partir del siglo VI a. C. afecta a la Península Ibérica (García Bellido, 1948; Blanco, 1959). Este influjo griego, primero de la Grecia Oriental, después del mundo clásico y helenístico, modificó la Cultura Ibérica originaria que se fue helenizando en un proceso continuo y cada vez más acusado como ocurrió en otras culturas de todo el Mediterráneo hasta caer en la órbita de Roma.

Hay que tener en cuenta estos hechos para valorar la asimilación de la Cultura Antigua de la Península Ibérica, situada en el extremo más occidental del Mediterráneo, y para llegar a comprender y valorar correctamente la Cultura Ibérica, que es la que en la Antigüedad mayor esplendor y riqueza ofreció en la Península Ibérica, por ser la primera Alta Cultura que apareció en esta zona del Mediterráneo, la más alejada de los focos civilizados del Oriente y cuya mejor comprensión ha facilitado el hallazgo del monumento de Pozo Moro.

BIBLIOGRAFIA

- Akurgal, E. (1961): *Die Kunst Anatoliens*, Berlín.
- (1969): "Orient et Occident", *L'Art dans le Monde*, París.
- Almagro, M. (1966): "Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas", *Ampurias*, 28. p. 222 y ss.
- (1974): *Guía de Segóbriga*, Madrid.
- (1976): "Una figura de bronce orientalizante del Museo Arqueológico Nacional", *Homenaje a W. Dehn*, Marburg.
- Almagro-Gorbea, M. (1969): "La necrópolis celtibérica de Las Madrigueras. Carrascosa del Campo (Cuenca)", *B. P. H.*, 10, Madrid.
- (1973a): "Anatolische Wurzeln Iberischer Kunst: Pozo Moro", *X International Congress of Classical Archaeology*, Ankara, 1973 (en prensa).
- (1975): "Pozo Moro y el origen del Arte Ibérico", *XIII C. N. A.*, Mérida, 1973 (Zaragoza), p. 671 y ss.
- (1975a): "El Monumento de Pozo Moro y el problema de las raíces orientales del Arte Ibérico", *Las Ciencias*, 40, 2.
- (1976): "Informe sobre las excavaciones de Pozo Moro. Chinchilla (Albacete)", *N. A. H. Prehistoria*, 5, p. 377 s.
- (1977): "Les reliefs Mythologiques orientalizants de Pozo Moro (Albacete, Espagne)" Colloque sur "Mythe et Personification". París, 1977 (en prensa). El texto original en castellano, se ha publicado en *Trab. de Preh.* 35, 1978.
- (1977a): "El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura", *B. P. H.*, 14, Madrid.

- “El thymiaterion orientalizante de la Safara”, *Trabajos de Prehistoria* (en prensa).
- Alvarez Osorio, F. (1941): *Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.
- Arribas, A. (1965): *Los Iberos*, Barcelona.
- Balil, A. (1970): “Casa y urbanismo en la España Antigua”, *B. S. A. A.*, 36, p. 289 y ss.
- Beazley, J. D. (1971): *Attic Red-figure Vase-painters*, Oxford.
- Beltrán Villagrasa, P. (1962): Los platos de Abengibre (Publicaciones de Historia y Arqueología de Albacete). *Obra completa de P. Beltrán*. Zaragoza, 1972, pp. 510-43.
- Blanco Freijeiro, A. (1969): “Die Klassischen Wurzeln der Iberischen Kunst”, *MM.*, 1, pp. 101-121.
- (1960): “Orientalia II”, *A. E. Arqueología*, 33, p. 34 y s.
- (1962): “El toro ibérico”, *Homenaje a C. Mergelina*. Murcia, pp. 163-95.
- (1965): “El ajuar de una tumba de Cástulo”, *Oretania*, 19, p. 41 y ss.
- Blanco de Torrecillas, C. (1959): “El tesoro del Cortijo de Evora”, *A. E. Arqueología*, 32, p. 50 y ss.
- Blázquez, J. M. (1956): “La interpretación de la pátera de Tivisa”, *Ampurias*, 17-18 (1955-6), p. 111 y ss.
- (1958): “Nuevas aportaciones a la interpretación de la pátera de Tivisa”, *Ampurias*, 19-20 (1957-8), p. 241 y ss.
- (1974): “Figuras animalísticas turdetanas”, *Homenaje a P. Beltrán*, Madrid, p. 87 y s.
- (1975): *Diccionario de Religiones Prerromanas de Hispania*, Madrid.
- (1975a): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, 2.^a ed., Salamanca.
- Bloesch, H. (1940): *Die Formen der attischer Schalen von Exekias bis zum Ende des Strogen Stils*, Bonn.
- Bossert, H. Th. (1951): *Altsyrien*, Tübingen.
- Cabré, J. (1925): “Arquitectura hispánica: el sepulcro de Toya”, *A. E. A. y Arqueología*, 1, p. 73 y s.
- (1954): “Cerámica de Azaila”, *C. V. H.*, Madrid..
- Cabré, J., y Cabré, M. E. (1940): “La caetra y el scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro”, *B. S. A. A.*, p. 57 y ss.
- Cabré, J., y Motes, F. (1928): “La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera. Granada)”, *M. J. S. E. A.*, 25.
- Calvo, I., y Cabré, J., 1917: “Excavaciones en la Cueva y Collado de los Jardines”, *M. J. S. E. A.*, 8.
- Chehab, M. (1971): “Observation au sujet du Sarcophage d’Ahiram”, *Mét. Univ. St. Joseph*, 46, p. 124 y s.
- Cintas, P. (1970): *Manuel d’Archeologie Punique. I y II*, París.
- Clemont-Ganneau, Ch. (1880): *L’Imagerie phenicienne*, París.
- Cuadrado, E. (1966): “Repertorio de los recipientes rituales metálicos con ‘asas de manos’ de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 21.
- (1968): “Origen y desarrollo de la cerámica de ‘barniz rojo’ en el mundo tartésico”, *Tartessos, V S I P P*, Jerez de la Frontera, 1968, p. 257 y ss.
- Dunbabin, T. J. (1948): *The Western Greeks*, Oxford.
- Fernández Avilés, A. (1943): “Esculturas del Cerro de los Santos. La Colección Velasco”, *A. E. Arqueología*, 16, p. 361 y ss.
- (1966): “Cerro de los Santos”, *Exc. Arq. Esp.*, 55, Madrid.

- Fernández Chicarro y de Dios, C. (1968): "El hábitat humano en el Bajo Guadalquivir a través de algunas fotos aéreas", *Tartessos, V S I P P*, Jerez de la Frontera, 1968, p. 7 y ss.
- Frankfort, H. (1954): *The Art and Architecture of the Ancient Orient*, London.
- García Bellido, A. (1931): "La Bicha de Balazote", *A. E. A.*, 7, p. 249 y ss.
- (1943): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*, Madrid.
- (1945): *La arquitectura entre los iberos*, Madrid.
- (1948): *Hispania Graeca*, Barcelona.
- (1971): *Iberischer Kunst in Spanien*, Mainz.
- Garrido, J. P. (1973): "Nuevas campañas de excavaciones arqueológicas en la necrópolis orientalizante de la Joya de Huelva", *XII C. N. A.* (Jaén, 1971), Zaragoza, p. 395 y ss.
- Gómez Moreno, M. (1961): "La escritura bástulo turdetana", *R. A. B. M.*, 69, p. 928.
- Haran, M. (1971): "The Bas-Reliefs of the Sarcophagus of Ahiaram King of Biblos", *I. E. J.*, 8 (1970-1).
- Haspels, E. A. E.: *Athic Black-figured Lekythoi*, París.
- Hencken, H. (1968): *Tarquinia. Villanovians and Early Etruscans*. Cambridge, Mass.
- Hill, D. K. (1958): "A class of Bronze Handles of the Archaic and Classical Periods", *A. J. A.*, 62, p. 193 y ss.
- Karageorgis, V. (1968): *Chypre*, *Archaeologia Mundi*, Gèneve.
- Kirk, G. S. (1970): *Mith*, Cambridge.
- Kukahn, E., y Blanco, A. (1959): "El tesoro de El Carambolo", *A. E. Arq.*, 32, p. 42 y ss.
- Labat, R. (1970): *Les Religions du Proche-Orient: textes et traditions sacrés*, París.
- Lantier, R., y Cabré, J. (1917): *El Santuario Ibérico de Castellar de Santiesteban*, Mem. Com. Inv. Paleontológicas y Prehistóricas 15.
- Lèzine, A. (1959) *Architecture Punique*. Túnez.
- Mallowan, M. E. L. (1966): *Nimrud and its Remains, II*, Londres.
- Maluquer de Motes, J. (1968): *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona.
- (1970): *Tartessos*, Barcelona.
- Martín, R. (1965): *Manuel d'Architecture Greque I*, París.
- Morales, A.: *Los restos de fauna del yacimiento de Pozo Moro* (en prensa).
- Moscatti, S. (1974): "Problemática della Civiltà Fenicia", *Studi Semitici*, 46.
- Museo Arqueológico Nacional (1972): *Nuevas salas de Antigüedades Ibéricas y Clásicas*, Madrid.
- Nicolini, G. (1969): *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, París.
- (1973): *Les ibères: Art et Civilisation*, París.
- Niemeyer, H. G., y Schubart, H. (1975): "Trayamar", *Madridier Beiträge*, 4, Berlín.
- Nordström, S. (1968): "Representaciones de aves en la cerámica ibérica del Sureste de España", *Opuscula Romana*, VI, Lund.
- Nordström, S. (1973): *La céramique peinte ibérique de la Province d'Alicante*, Estocolmo.
- Orthmann, W. (1971): *Untersuchungen zur späthethitischen Kunst*, Bonn.
- Pallotino, M. (1963): *Etruscologia 3.^a Ed.*, Milán.
- Pellicer, M. (1977): "Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas", *A. E. Arq.*, 40, p. 60 y s.
- Perrot, G., y Chipiez, Ch. (1885): *Histoire de l'Art dans l'Antiquité, I*, París.
- (1890): *Histoire de l'Art dans l'Antiquité, III*, París.

- Pritchard, J. B. (1976): *The Ancient Near East: Text and Pictures, I y II*, Princeton.
- Rodríguez Adrados, F. (1946): "La 'fides' ibérica", *Emérita*, 14, p. 128 y ss.
- Roldán Hervás, J. M. (1973): *Itineraria Hispana*, Valladolid.
- Sánchez Jiménez, J. (1943): "Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete de 1942 a 1946", *Informes y Memorias*, 3, p. 9 y ss.
- (1947): "Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas en Albacete", *Informes y Memorias*, 15, p. 31 y ss.
- Schüle, W. (1969): "Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel", *M. F.*, 3, Berlín.
- Tarradell, M. (1968): *Arte Ibérico*, Barcelona.
- Thureau-Danguin, F., y Dunand, M. (1936): *Til Barsip*, París.
- Tovar, A., y Caro Baroja, J. (1971): "Estudios sobre España Antigua", *Cuad. Fundación Pastor*, 17.

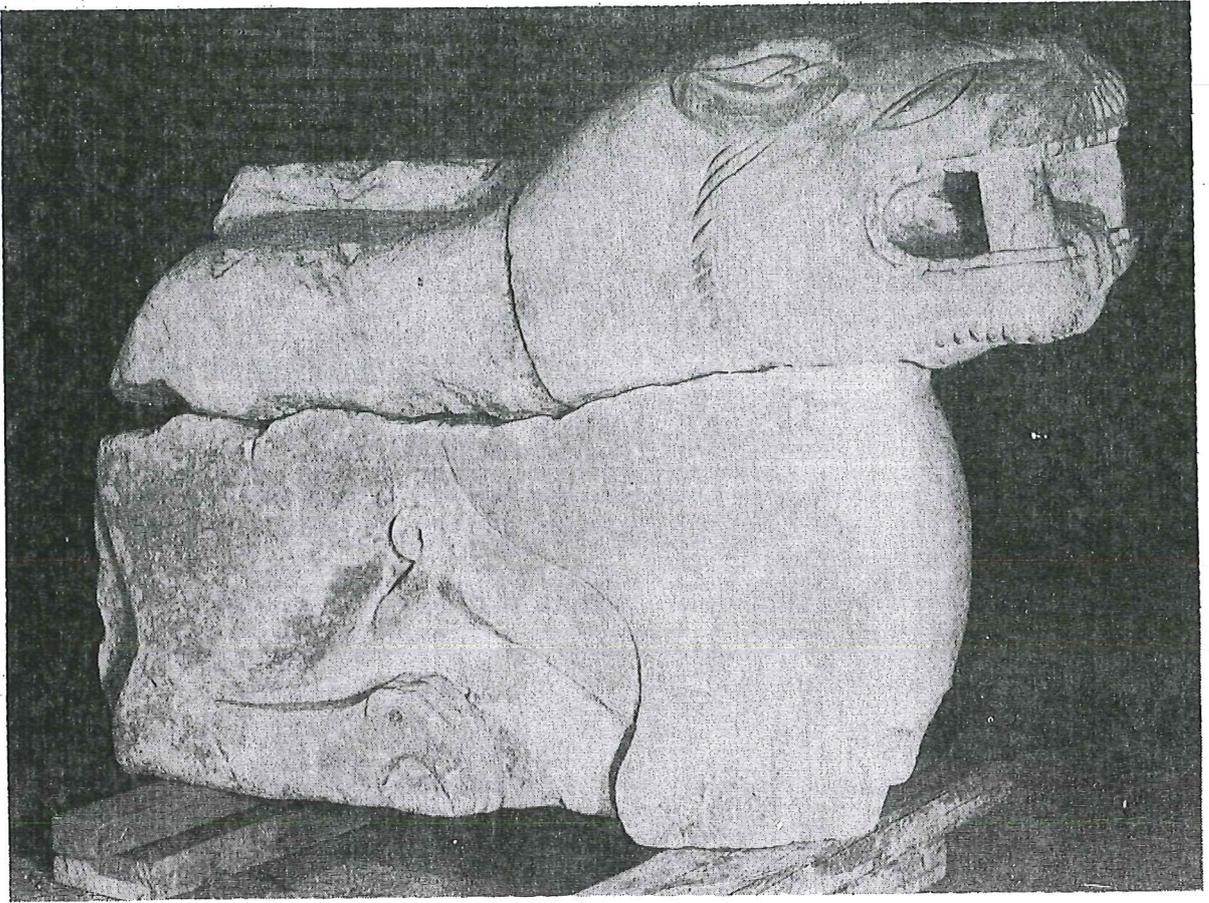


El monumento de Pozo Moro con los sillares caídos, visto desde el lado Este.



Asa de oinochoe de bronce, lekythos y kylix hallados en el bustrum, situado debajo del monumento.

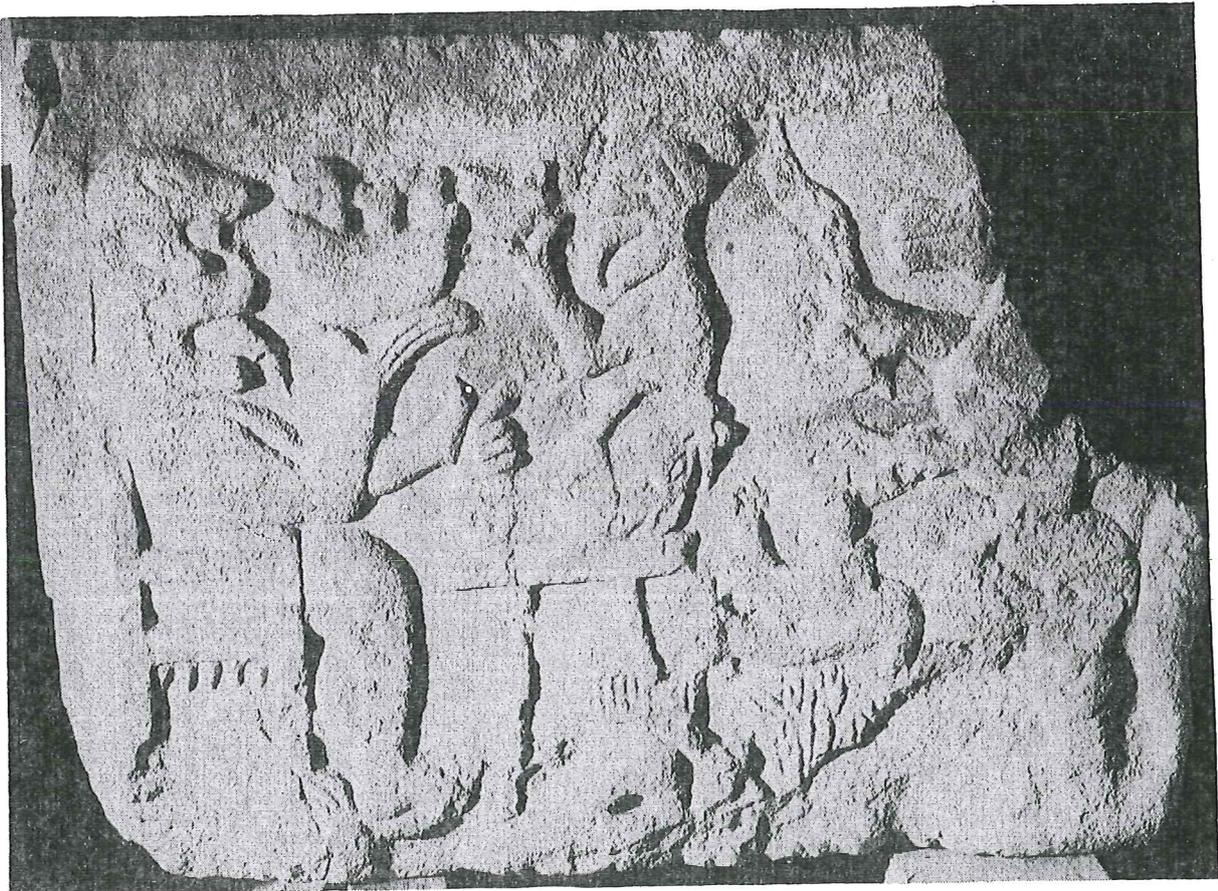
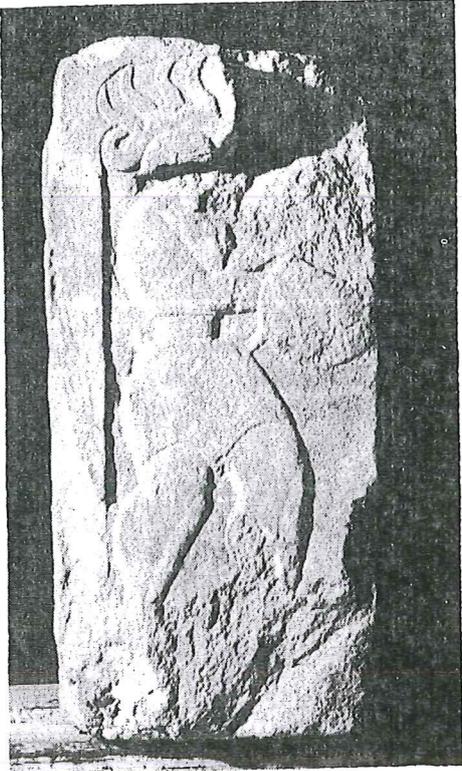
LAMINA II



León del ángulo NW. del monumento de Pozo Moro.



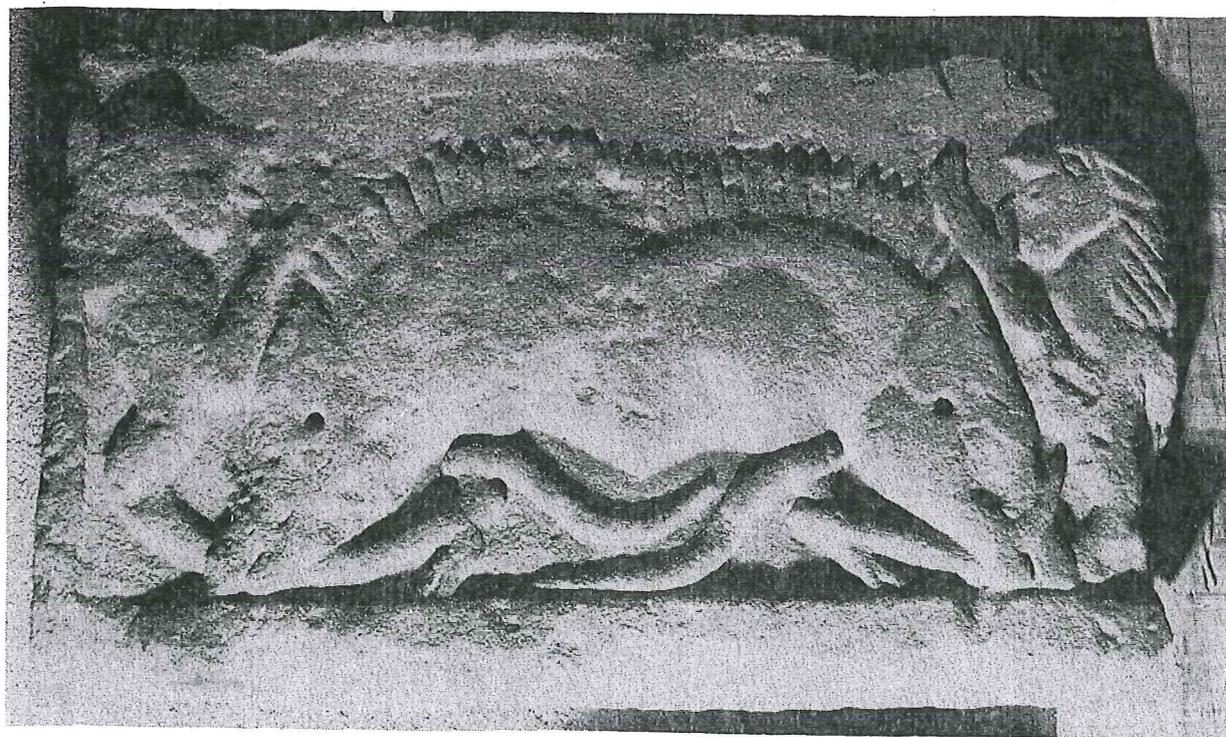
Vista frontal de la cabeza del león anterior.



Lado Sur y lado Este del bloque sureste del friso mitológico del monumento de Pozo Moro,



Probable figura del dios El en el lado Norte del friso del monumento de Pozo Moro.



Relieve simétrico con un jabalí bifronte luchando con dos monstruos de tipo tifón.